

Una bioética creativa para el cuidado de la dignidad humana

Alfredo Marcos

Universidad de Valladolid (España) / amarcos@uva.es

1. Introducción. Bioética de dilemas vs. bioética creativa

Como es sabido, la bioética se ha desarrollado a partir de la antiquísima tradición de la deontología médica y, por otro lado, de la ética ambiental. Se consolidó y creció como disciplina autónoma desde los años setenta del siglo pasado. A partir de ahí, durante las últimas décadas del siglo pasado, la bioética se extendió de modo espectacular, impulsada por algunos debates ya clásicos, como los que tienen que ver con el principio y final de la vida humana, con la enfermedad, con la justicia sanitaria y con las relaciones médico paciente, con la investigación biomédica y con las cuestiones ecológicas y animalistas. Algunos debates clásicos parecen estancados en una formulación dilemática y, al mismo tiempo, han ido apareciendo otros debates motivados por el desarrollo tecnocientífico en áreas como las biotecnologías y las neurociencias.

Necesitamos ahora ideas claras para la construcción del futuro de la bioética. Respecto de los debates clásicos, se trata sobre todo de romper el planteamiento dilemático con propuestas constructivas. En el caso de los nuevos debates, hay un trabajo de intelección y planteamiento de los mismos, seguido de propuestas creativas. Mediante las mismas, se busca que los nuevos debates eviten la fase de estancamiento por la que pasan los más clásicos.

En suma, abogaré por interpretar los problemas bioéticos más como retos a la creatividad y laboriosidad humanas que como simples ejercicios de elección entre alternativas prefijadas. La función principal de la bioética no será ya la de deliberar y elegir entre las opciones que se nos presentan, sino la de crear nuevos cursos de acción que protejan y favorezcan mejor la vida en general y la vida humana en particular. Hablamos de una actitud de creatividad y de laboriosidad. En consonancia con ello, podríamos considerar ahora la imagen de la bioética como un *obrador* y no como un campo de batalla dilemático. Pero esta perspectiva nos lleva, necesariamente, más allá de la propia bioética, hacia una reflexión más general sobre la deriva de nuestra civilización en las últimas décadas.

2.- Más allá de la bioética. Un contexto de civilización

El filósofo de la ciencia Imre Lakatos (1922-1974) hablaba de programas de investigación científica progresivos, los que hacen propuestas, y programas de investigación degenerativos, los que se limitan a responder, reaccionar, criticar y explicar lo ya sucedido (o lamentarlo).

No solo la filosofía de la ciencia puede aportar aquí ideas inspiradoras. Por ejemplo, en los estudios sobre la comunicación se fraguó hace años la teoría de la *agenda setting*. Según esta, quien marca la agenda en los medios tiene ya mucho ganado. Es decir, en el mundo de la comunicación resulta crucial fijar los temas sobre los que se trata y establecer el lenguaje.

Lo mismo que sucede con los programas científicos o con la agenda mediática, pasa también con los proyectos de configuración social y antropológica. Los hay creativos y los hay reactivos. Los hay que marcan agenda y los hay que siguen la agenda marcada por otros. Incluso algunos pasan por diversas fases creativas y reactivas a lo largo de su historia.

La cristiandad, como civilización, es un marco de configuración social y antropológica sumamente creativo e integrador. Basado en unas pocas ideas valiosas y en unas ciertas prácticas, ha sido capaz de generar toda una forma de vida para la humanidad. En cierto modo,

produjo incluso la humanidad, como comunidad única y diversa de toda la familia humana. La creencia en la realidad de un Dios trascendente, libre, creador y providente, la proclamación de la dignidad de cada ser humano, hecho a su imagen y semejanza, el reconocimiento del valor de cada ente y la concepción del mundo como hogar, junto con una praxis orientada por la caridad, fueron suficientes para poner en pie una civilización.

En el seno de la misma ha tenido acomodo lo mejor de las más diversas tradiciones humanas, ha prosperado la familia como institución, se ha ido sedimentando la división del tiempo común, el sentido de nuestros afanes y trabajos cotidianos, ha sido inventada la universidad y reinventada la escuela, han fructificado las ciencias y las técnicas, se ha dado impulso y motivación a la producción artística, al estudio confiado de lo humano y del universo en conjunto y en detalle, se han sentado las bases para los mejores sistemas de convivencia, de asistencia y de cuidado que haya conocido la humanidad, se ha fomentado el reconocimiento de la igual dignidad de todos y de cada uno, empezando por los más débiles, como recomiendan las bienaventuranzas. Se ha integrado lo mejor de los usos y saberes de las más diversas tradiciones en una especie de sentido común humano. Con todos los defectos que se quiera, propios de cualquier cultura humana, estamos ante la más elevada iniciativa civilizatoria que hayan conocido los tiempos. Incluido el tiempo actual. Ante la mejor campaña a favor del bien, la bondad y la belleza.

No obstante, por las razones que fuere, esta empresa común de la humanidad ha pasado recientemente a una fase reactiva, defensiva. Esta actitud se ha hecho particularmente patente en el terreno de la bioética. Sus mejores esfuerzos parecen estar ahora orientados a la respuesta, al contrargumento, a la crítica, al debate, más que a la propuesta y a la creación y al *manos a la obra*. En estas tareas agonísticas ha logrado una más que considerable excelencia. Pero, recordemos, los programas a la defensiva se debilitan, por efectivos e incluso verdaderos que pudieran resultar sus argumentos, y dejan de ser útiles para la familia humana.

El caso es que el humanismo cristiano lleva en su núcleo la actitud creativa. Remite a un Dios creador, y ve en cada persona la imagen de Este. La creatividad está en su entraña. Simplemente la fidelidad a sí mismo debería reconducir este programa de civilización hacia una actitud propositiva, activa, laboriosa, creativa, en suma. En cambio, las tareas de respuesta deberían ser para nosotros labores secundarias. Se trata, en palabras de nuestros clásicos, de producir el bien a raudales, de “ahogar el mal en abundancia de bien”, no de ponerse a debatir –y mucho menos a negociar- con él.

Esta actitud creativa y laboriosa puede iluminar buena parte de las cuestiones bioéticas actuales. Por ejemplo, la mejor estrategia para favorecer el respeto hacia la vida humana en todos sus momentos consiste en ponerse a cuidar de la misma, desde el principio hasta el fin y en cada instante. Tenemos herramientas para ello. Y las que aun nos faltan, biomédicas y legales, hemos de construirlas. La investigación biomédica constituye una vía de acción prioritaria. Todo lo que se pueda avanzar en los cuidados perinatales, tanto de la persona concebida, como de la madre, resultará ya un bien en sí mismo. Además, dará visibilidad como paciente a la persona concebida, como sujeto digno del cuidado familiar, social, médico y asistencial. Como persona, en suma. Generará para las madres en dificultades los apoyos adecuados para que sus decisiones resulten acertadas. Producirá, por añadidura, un cambio de actitud social hacia el valor de las personas concebidas y aun no nacidas. En la misma línea, el desarrollo de los cuidados paliativos integrales, sobre bases científicas y asistenciales rigurosas, con proximidad y empatía, arroja una luz imprescindible sobre la dignidad de toda vida humana.

La generación de agenda y de lenguaje puede llegar -como muestra este primer *workshop*- desde el ámbito de la investigación biomédica, pero también desde territorios científicos, tecnológicos y sapienciales, desde las artes, la sociológica, el derecho, la comunicación o la filosofía...

3.- Temporalidad y bioética

La apelación a una actitud creativa, proactiva, propositiva, o como se la quiera denominar, pudiera conducir a un malentendido. No propongo que orientemos nuestras acciones presentes apelando a una supuesta visión privilegiada del futuro. Más bien al contrario, lo que sostengo es que el futuro de la bioética ha de construirse -pues no está ya dado- fijando nuestra vista en la sabiduría que el presente nos ofrece. Es el momento de clarificar este punto crucial.

La bioética nació como una disciplina orientada hacia el futuro. La primera vez que aparece la palabra “bioética” en el título de un libro -*Bioethics: Bridge to the Future*- lo hace junto a la palabra “futuro”. Además, la idea de puente sugiere aquí la de construcción. Así se expresa Van Rensselaer Potter en el mencionado libro: “Si hay dos culturas que parecen incapaces de hablar la una con la otra -la ciencia con las humanidades- y si ello es parte de la razón por la que el futuro parece dudoso, entonces posiblemente nosotros podríamos construir un puente hacia el futuro” (Prentice-Hall, 1971, p. 145). De algún modo está implícita la idea de que el futuro no está *de facto* presente, sino que hay que construirlo.

Pero la orientación constructiva o proyectiva de la bioética, a menudo se ha visto traicionada. Sucede cada vez que la bioética opta por metáforas visuales en lugar de manuales u operativas, cuando quiere convertirse en una actividad visionaria y trata el futuro como si estuviese ya presente, actualizado y a la vista. A la vista, al menos, de una vanguardia de visionarios.

Quizá nos preguntemos qué pueden tener que ver las imágenes del tiempo con las ideas bioéticas. Pero lo cierto es que dichas imágenes condicionan drásticamente la bioética. La imagen más socorrida del tiempo es aquella que lo asimila a una dimensión espacial. Pensamos, así, el tiempo como una línea que recorremos. En esta imagen, la posición del sujeto sobre la línea marca el momento presente, el futuro estaría al frente y a la vista, mientras que el pasado quedaría a nuestra espalda. Según esta metáfora, miramos hacia el futuro y lo vemos ahí al frente. Psicológicamente, la imagen es tan elemental como seductora, pues nadie quiere quedarse parado o retroceder cuando ha emprendido camino hacia una meta. La *visión* del futuro se nos impone, así, como *misión*. Se nos conmina a avanzar hacia ese futuro que vemos, o mejor dicho, que algunos con especial claridad y seguridad dicen tener a la vista. Es decir, será bueno todo aquello que tienda hacia ese futuro y malo lo que nos paralice o haga retroceder. Quien controle la imagen del futuro, entonces, controlará también lo que se entiende por bueno y malo. Quien sea capaz de afirmar con mayor convicción hacia dónde vamos, será también quien nos diga hacia dónde *debemos* ir.

Esta es la posición de “progreso” propia de muchas filosofías modernas. Pero en íntima conexión con ella aparece el elitismo. Solo unos pocos se auto-atribuyen la capacidad de ver el futuro. Mientras que el presente, por el contrario, pertenece al común de los mortales, está al alcance de cualquiera, todos podemos mirar y ver lo presente. La normatividad obtenida del presente será, por tanto, siempre más democrática que la que algunos intentan importar del futuro.

Por otro lado, quien vea con disgusto la imagen del futuro que los visionarios le ofrecen, estará tentado a abogar por la paralización o el regreso al pasado, a una supuesta *aetas aurea*. Será tachado, por supuesto, de retrógrado. Esta fue la posición, por ejemplo, de Platón y es también la de algunos contemporáneos nuestros. Una posición errónea, porque propone algo imposible, como la parálisis o el regreso al pasado, porque supone que “cualquiera tiempo pasado fue mejor”, lo cual dista mucho de ser obvio, y, sobre todo, porque, al igual que el “progresismo”, da por buena una imagen incorrecta del tiempo.

Con todo, lo más común ha sido pintar el supuesto futuro con los colores de una era avanzada y prometeica. El desarrollo de la misma se convierte entonces en una especie de obligación moral. En bioética, este argumento se ha empleado hasta la saciedad por ciertas élites. Así, por poner un ejemplo, la imposición de la eutanasia se pregona como un “avance” hacia el futuro,

mientras que la crítica a la misma se vincula retóricamente con una voluntad de “retroceso” hacia el pasado. Poco podremos hacer de valor en bioética sin romper antes con este tipo de imágenes del tiempo.

De una pobre imagen del tiempo deriva, además, la concepción dilemática de la bioética. Según esta concepción, la bioética tendría por misión principal la de ayudarnos a deliberar y a elegir entre alternativas dadas. Muchas veces estas alternativas se formulan como dilemas. Pero los dilemas son siempre y en realidad el mismo. O aceleramos o retardamos la marcha inexorable hacia el presunto futuro. Como toda línea, la del tiempo tendría una sola dirección y dos sentidos. Cada uno puede elegir en qué sentido empuja el carro de la historia. Aunque la marcha hacia el frente se da por garantizada, será más o menos veloz en función de la correlación de fuerzas. Es lógico que quienes conciben así el tiempo, como un único carril, piensen la bioética en términos de dilema: o aceleramos la marcha hacia el futuro o la retardamos. Eso es todo.

El problema es que la bioética no puede trabajar con una imagen tan pobre y errónea del tiempo. Para empezar, un futuro que esté ahí delante, a la vista de algunos, es un *futuro* que está *actualmente presente*, al menos ante una vanguardia de visionarios, lo cual no deja de ser contradictorio. Necesitamos, pues, un juego de metáforas diferente, un lenguaje distinto para hablar sobre el tiempo, algo más adecuado que el símil simplista de la línea. Una bioética creativa no debería apoyarse sobre una supuesta visión del futuro, sino proyectarse a partir de una voluntad cierta de cuidar el presente.

4.- Conclusiones. El cuidado de la dignidad humana como brújula bioética

Las indicaciones para nuestra vida, los criterios con los cuales hemos de hacer bioética, no podemos traerlos de un supuesto futuro, sino que deben apoyarse en el presente, en lo que está efectivamente a la vista de todos: en el valor de los seres y, sobre todo, en la dignidad de las personas. Esto es lo que debe orientar la bioética. Cada persona, cada ser humano, tiene un valor absoluto que llamamos dignidad. Por lo tanto, basta la presencia de una sola persona, ya desde el momento de su concepción, para que todo el universo tenga *ya* sentido. Dicho de otro modo, el sentido no viene del futuro, está ya presente entre nosotros, en cada uno de nosotros, *ya* en cada niño que nace.

En el cuidado (*care*) de la dignidad humana presente tenemos, pues, orientación suficiente para nuestra acción, para la construcción de un “puente hacia el futuro”. Con Robert Spaemann (*Límites*, Eiunsa, 2003, p. 118), diremos que la dignidad se encuentra presente ya al principio, desde que un ser humano viene al mundo, no es “algo aun por producir”, sino “algo que respetar” y cuidar.